

„mó un poco de la harina multiplicada milagrosamen-
„te por S. Luis Gonzaga, y al mismo instante que-
„dó sano. Otro, en las puertas de la muerte, reco-
„bró súbitamente la salud, despues de haber recibi-
„do la sagrada Eucaristía. Este milagro se ha re-
„petido tantas veces, que el cirujano, cuando se le
„llama para un enfermo, acostumbra decir: ya conoz-
„co el remedio que se necesita para darle la vida;
„adminístresele el sagrado Viático. A vista de es-
„tas maravillas, y fortificados por la gracia del Señor,
„nos regocijamos con los que están para salir de es-
„te mundo, y envidiamos su suerte; no porque lle-
„gan al término de sus padecimientos, sino porque
„van á recibir la corona debida á su victoria. ¿Lo
„creeríais? pues la mayor parte de nosotros pide á
„Dios el acabar aquí sus días. Estamos sin cesar
„padeciendo, y sin embargo alegres siempre. Todo
„nos falta; pero nada altera la serenidad de nuestra
„alma. Nuestros Padres de Macao, muchos de los
„cuales habian sufrido ya prisiones, azotes y otros
„tormentos entre las naciones infieles, han sido ar-
„rancados de sus casas, y han venido á ser compañe-
„ros en nuestras cadenas. Parece que Dios es mas
„glorificado con las penas que sufren en esta prision,
„sin haberlas merecido, que con el sacrificio de su vi-
„da que le hubieran hecho en los paises idólatras....”

Estos rasgos, á que seria fácil añadir muchos otros igualmente auténticos, bastarán para poner de mani-
fiesto la crueldad de los verdugos y la paciencia de las

víctimas. De los doscientos veintian Jesuitas tratados de esta suerte, ochenta y ocho murieron de miseria: algunos fueron libertados, despues de algunos años, y sacados de Portugal, unos por instancias de la Princesa del Brasil, heredera de la corona, á quien Carvalho no se atrevió á desairar en todo; y otros, á peticion de la Reina de Francia y de la Emperatriz Maria Teresa. Los que restaban, se consumieron en estos sepulcros durante casi diez y ocho años, hasta la muerte de José, acaecida en 1777. El mismo dia en que subieron al trono D. Pedro y Maria, fueron abiertas todas las prisiones de Carvalho. Vióse salir de ellas á casi ochocientas personas en el estado mas deplorable: estos eran los restos de nueve mil seiscientas cuarenta víctimas inocentes que habian sido amontonadas allí; la mayor parte sin forma de proceso, y sin otra razon que el ódio, zelos, ó ferocidad del Ministro. Estos Jesuitas aparecieron, como los demas, medio desnudos, sin mas vestido que la gerga que les servia de lecho, amaratado el semblante, hinchado el cuerpo, tan débiles los mas, que no podian andar ni estar en pie; privados muchos de ellos del uso de la vista por las tinieblas profundas en que habian estado sumergidos, y aun del de la palabra, por el silencio forzado que habian guardado en tanto tiempo; algunos, en fin, con los pies podridos por la humedad, y roídos por los ratones y sabandijas. Carvalho fué desterrado á su tierra de Pombal, y condenado á restituir sumas inmensas que habia rapiñado bajo diversos pretextos, y que nadie se habia atrevido á recla-

marle hasta entonces, por el fundadísimo temor de ir á aumentar el número de las víctimas. Mientras esto pasaba, llegaron de las Indias diez y nueve cajas consignadas al Marqués de Pembal, llenas de piezas de plata y de piedras preciosas, de que habian despojado el sepulcro de San Francisco Xavier en Goa. Este robo sacrilego llenó de horror á los portugueses, que nada habian perdido de su devocion hácia el Santo Apóstol de las Indias. La Reina, sobre todos, se irritó vivísimamente; ordenó que las cajas fuesen al momento devueltas á Goa, y que se restituyesen al sepulcro del Santo estas riquezas, prendas sagradas del reconocimiento de los Reyes y de los pueblos, que la impiedad de Carvalho se habia atrevido á arrebatarse.

Algún tiempo despues, las familias de Aveiro y de Tavora, pidieron la revision de la sentencia que habia infamado y condenado á muerte ignominiosa á casi todos sus miembros; y la Reina accedió. Compúsose el tribunal de los hombres mas recomendables por su integridad y sus luces. Este importante negocio fué tratado con toda la madurez conveniente. Mas de ochenta testigos depusieron en favor de las infelices víctimas de la sentencia relativa al atentado de 3 de Setiembre de 1758. Los comisarios hicieron sufrir á Carvalho interrogatorios, que dieron nueva autenticidad á sus crímenes. Los Jesuitas, ó mas bien, los ex-Jesuitas, (porque ya entonces estaba disuelta la Compañía) que habian sobrevivido á su desastre, no olvidaron, en esta coyuntura, lo que debian á la re-

putacion de un Orden religioso, inocente é indignamente perseguido. Suplicaron á la Reina licicse á Carvalho absolver trece preguntas, de que solo indicaremos las principales: primera, ¿por qué contra todas las leyes divinas y humanas, jamás examinó, ni oyó á un solo Jesuita sobre los enormes delitos (1), calumniosamente imputados á estos religiosos, poniéndolos, por lo mismo, en imposibilidad de defenderse? Segunda, ¿con qué fundamento pretendió imputar á la Compañía que hacia un comercio ilícito, y tenia abiertos bancos? ¿Por qué comprometió al Cardenal Saldaña á publicar un libelo infamatorio en que todos los Jesuitas son representados como otros tantos negociantes codiciosos y escandalosos Banqueros; imputaciones tan evidentemente falsas, que dicho Eminentísimo, estrechado á que indicase en qué lugares y de qué manera se entregaban estos religiosos á ocupaciones tan ajenas de la santidad de su estado, no pudo responder una palabra? Tercera, ¿por qué en la sentencia dada contra los Sres. ejecutados, puso en el número de los autores y cómplices de la supuesta conspiracion á tres Jesuitas que no fueron ni examinados, ni careados, ni aun presos sino despues de la sentencia? Cuarta, ¿por qué se opuso á que se insertase en las actuaciones del proceso la retractacion del Duque de Aveiro, no obstante haberlo pedido este Sr. con instancia, y haber sostenido hasta el último sus-

(1) El P. Malagrida no lo habia sido sino sobre las supuestas revelaciones.

piro, que las declaraciones que habia dado en el tormento, con perjuicio de los otros Señores, de sus parientes y de los Jesuitas, le habian sido arrancadas por la violencia de los dolores? Quinta, ¿con qué fundamento, y en pena de qué crímenes habia hecho aprehender y tratar con barbarie sin ejemplo, tan gran número de Jesuitas, muchos de los cuales habian nacido súbditos de dominacion extranjera, y los habia hecho traer cargados de cadenas desde las costas de Asia, Africa, y América, no pudiendo tener ellos el menor conocimiento de lo que habia pasado en Portugal? Jámas se ha llegado á saber con precision el portador de los interrogatorios hechos á Carvalho. Pero lo que remueve toda clase de duda sobre la naturale-

da; murió á la edad de 35 años, cargado de eterno oprobio, despues de haber visto destruir sus instituciones tiránicas, y rehabilitar la memoria de las victimas que habia inmolado á su avaricia y á su ferocidad.

NOTA.

Linguet, discípulo de los modernos filósofos, pagnegiristas de Pombal (como mortal enemigo del jesuitismo), que habiéndose separado de ellos porque no aprobaba su ateismo, perdió por esto su proteccion

„este año de 1782..... Pombal era hombre de em-
„presas y de resolucion: ha venido al mundo dos
„siglos tarde: si hubiera estado en lugar de Ri-
„chellieu, habria sido tambien mas grande: él en
„otros tiempos hubiera destronado los reyes infan-
„tes, apoyados en alguna persona poderosa, que fue-
„ra su tutor y árbitro. Las miserias con que Portu-
„gal fué oprimido en el reinado de José I., pedian
„que á la cabeza de la Monarquía hubiera una alma
„fuerte y superior á cualquiera peligro para remediar
„los azotes de la naturaleza, y los atentados de la po-
„lítica. Esta alma grande se halló, mas ella era tan
„infidel, como vigorosa: era formada no menos para
„sacar de un abismo de miserias á Lisboa, que para
„inundarla de sangre.... Se ha examinado, como se
„debía pensar de las proscipciones; ó digamos mejor
„de las horribles injusticias de Pombal. El tiempo fu-
„turo acabará de quitar aquel velo, que aun cubre tan-
„tas escenas de luto, de despotismo ó de rigor... Pre-
„guntad á los soberanos si ellos querrian criados se-
„mejantes á Pombal. Preguntad á los pueblos si ten-
„drian gusto en fiar su destino á hombres de esta raza.
„La respuesta de estos decidirá la opinion que se de-
„be tener de este Ministro (1).”—A vista de todo lo
dicho, ¿qué deberá juzgarse del *liberalismo* de cier-
tos escritores?—EE.

(1) *Anales politicos, civiles y literarios del siglo XVIII.* La Haya 1782, tomo XII., pág. 261.



EXPULSION DE LOS JESUITAS DE FRANCIA.

EL ruido de las escenas crueles que caracterizaron la destrucción de los Jesuitas en Portugal, comenzaba á resonar en toda la Europa, cuando se vió de improviso formarse y desplomarse sobre los de Francia la tempestad que los debía abismar á su vez, y hacerlos desaparecer del reino cristianísimo. Los filósofos del siglo XVIII., los Jansenistas, los Parlamentos, unieron contra el enemigo comun, sus intereses, ódios y zelos, á los resentimientos de una cortesana, cuya hipocresía acababa de ser confundida por estos Religiosos. Armáronse todas las pasiones, y al fin prevalecieron. No repetiremos los pormenores referidos ya en el primer número de los *documentos* (1), bastará

(1) Véase un extracto de lo que se refiere y prueba largamente en la pieza que aquí se cita.

No ignorando Madama Pompadour, que los Jesuitas la veían con pena en la corte, y creyendo la harian salir de ella á la primera ocasion favorable que hallasen, re-